gía no está bastante adelantada; pero hay cosas que tenemos que admitir sin poder explicarlas en manera alguna; negar lo que no se comprende sería pura demencia. ¿Se explicaba acaso mil años atrás el sistema del mundo? Aun hoy, ¿ explicamos la atracción? Pero la ciencia marcha, y su progreso no tendrá límites.

¿Conocemos por ventura todo el alcance de las facultades humanas? El pensador no puede dudar un instante de que todavía existen en la naturaleza fuerzas que nos son desconocidas, como lo era por ejemplo la electricidad hace un siglo, ni que hay en el universo otros seres, dotados de otros sentidos y de otras facultades que las nuestras. ¿Pero acaso se conoce de manera completa al hombre terrestre? No lo parece.

Hay hechos cuya realidad tenemos que admitir sin poder explicarlos en modo alguno.

La vida de Swedenborg presenta tres de esta índole. Dejemos ahora á un lado sus visiones planetarias y siderales, que parecen más subjetivas que objetivas; notemos, sin embargo de paso, que Swedenborg era un sabio de primer orden en geología, en mineralogía y cristalografía, miembro de las academias de ciencias de Upsal, de Stockholmo y San Petersburgo, y contentémonos con recordar los acontecimientos siguientes :

Al volver este filósofo de un viaje á Inglaterra, el 19 de julio de 1759, desembarcó en Gottenburgo y fué á comer en casa de un amigo suyo, Guillermo

Costel, donde había bastante gente. « Por la tarde á las seis, Swedenborg, que había salido, volvió al salón, pálido y consternado, diciendo que en aquel mismo momento acababa de estallar un incendio

en Stockholmo, en el Sudermoln, y en la misma calle donde él vivía, agregando que el fuego amenazaba su casa. Poco después salió otra vez y al entrar de nuevo se lamentó de que había sido destruída la casa de uno de sus amigos, y de que la suya propia corría el mayor peligro. Á las ocho efectuó otra salida y volvió más contento, exclamando : « Gracias á Dios, el incendio ha terminado tres puertas antes de la mía. »

La noticia circuló por la ciudad, causando tanto mayor sobresalto cuanto que el gobernador se mostraba inquieto, y que muchos se preocupaban de la suerte de sus bienes ó de sus amigos... Dos días después llegó el correo real con detalles del suceso; entre éstos y los de Swedenborg no había ninguna diferencia; el incendio quedó terminado á las ocho de la noche.

Este relato fué escrito por el ilustre Manuel Kant, que quiso tomar informes sobre la exactitud del hecho y que, después de narrarlo, agrega : « ¿Qué cabe alegar contra la autenticidad de este suceso ? »

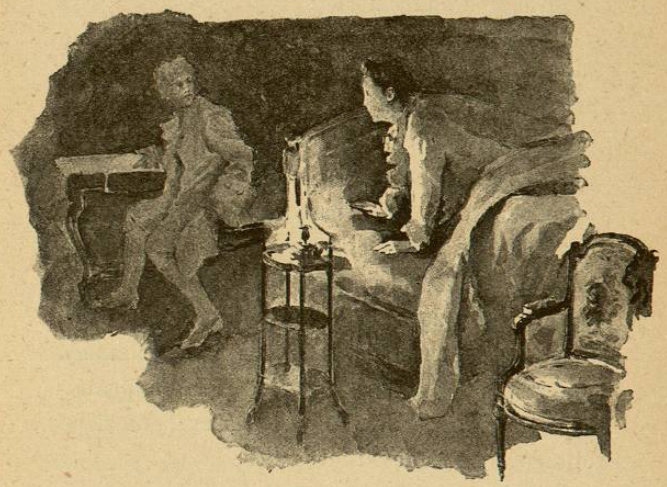
Pues bien, Gottenburgo se halla á doscientos kilómetros de Stockholmo.

Swedenborg tenía entonces setenta y dos años.

Hé aquí el segundo hecho :

En 1761, la señora de Marteville, viuda de un

ministro holandés en Suecia recibe la reclamación de un acreedor de su marido, que pide veinticinco mil florines, esto es, unos diez mil pesos; la viuda sabía que su marido había pagado esa suma; por otra parte, no le era dado abonarla de nuevo sin arruinarse. Y no podía encontrar el recibo.



Entonces va á referir sus cuitas á Swedenborg, y ocho días después ve en sueños á su marido, que le indica el sitio donde está el recibo, con un alfiler para el pelo adornado con veinte diamantes, que ella creía también perdido. Eran las dos de la mañana. Llena de alegría, se levanta, y encuentra los

objetos en el punto indicado. Habiéndose vuelto á acostar, duerme hasta las nueve ; á las once le anuncian la visita de Swedenborg. Y antes de enterarse de lo ocurrido, el sabio refiere que la noche anterior habia visto el espíritu de De Marteville, el cual le manifestó que iba á dar con su mujer. »

Hé aquí el tercer hecho:

Hallándose Swdenborg en Londres, en el mes de Febrero de 1772, escribió al reverendo Juan Wesley (fundador de la comunión de los Wesleyanos) para decirle que tendría mucho gusto en conocerlo. El ardiente predicador recibió esta misiva cuando se disponía á partir para una misión, y contestó que aprovecharía este amable permiso para hacerle una visita, al volver de su viaje, que debía durar unos seis meses. Swedenborg replicó : « que en tal caso, no se verían en este mundo, puesto que él debía morir el 29 de Marzo siguiente. »

Y en efecto, Sewdenborg murió en la fecha por él indicada más de un mes antes.

Hé ahí tres hechos cuya autenticidad no se puede negar, pero que nadie podría explicar en el estado actual de nuestros conocimientos.

Podríamos multiplicar indefinidamente estos relatos *auténticos*. Los hechos análogos á los referidos antes, comunicaciones á distancia, sea en el momento de la muerte, sea en el estado normal de

la vida, no son tan raros — sin por esto abundar demasiado — que nuestros lectores no tengan conocimiento de alguno, ya por haberlo oido contar, ya por haberlo observado personalmente en más de una circunstancia. Por lo demás, los experimentos realizados en los dominios del magnetismo testifican igualmente que en determinados casos psicológicos, un experimentador puede actuar sobre su paciente á distancia, no sólo á unos cuantos metros, sino á varios kilómetros y hasta más de ciento, según la lucidez del *médium*, y probablemente según la intensidad de la voluntad del magnetizador. Además, el espacio no es lo que nosotros creemos. La distancia de París á Londres, grande para un andarín, y hasta infranqueable cuando no había barcos, es nula para la electricidad. La de la Tierra á la Luna es enorme dados nuestros medios actuales de transporte ; pero es cero para la atracción. En rigor, si nos colocamos en un punto de vista absoluto, el espacio que nos separa de Sirio no es una parte mayor de lo infinito que la distancia de París á Versalles, ó que de nuestro ojo derecho al izquierdo.

Hay más todavía : la separación que nos parece existir entre la Tierra y la Luna, ó entre la Tierra Marte, y aun entre la Tierra y Sirio, no es sino una ilusión que se debe á lo insuficiente de

nuestras percepciones. La Luna actúa constantemente sobre la Tierra y la perturba sin cesar. La atracción de Marte es también sensible para nuestro planeta, y nosotros á nuestra vez modificamos la órbita de Marte al experimentar la influencia de la Luna. Hasta actuamos sobre el Sol, y lo hacemos moverse, como si lo tocáramos. En virtud de la atracción hace la Luna que la Tierra gire mensualmente alrededor de su centro común de gravedad, punto que se mueve á 1 700 kilómetros por debajo de la superficie del globo; la Tierra hace que el Sol gire anualmente en torno de ese centro común de gravedad, situado á 456 kilómetros del centro solar; todos los mundos actúan perpetuamente unos sobre otros, de manera que entre ellos no hay aislamiento ni separación real. El espacio es más bien un lazo de comunicación que no un hueco que separa los astros unos de otros. Pues bien, si la atracción establece de este modo una comunicación real, perpetua, activa é indiscutible, probada por la precisión de las observaciones astronómicas, entre la Tierra y sus hermanas de la inmensidad, no se ve con qué derecho podrían declarar supuestos positivistas que no hay comunicación posible entre dos seres que se encuentren más ó menos alejados uno de otro ya sea en la Tierra, ya en dos mundos distintos.

¿No pueden ser agitados por la misma fuerza psíquica dos cerebros que vibran al unísono á varios kilómetros de distancia? ¿No puede la emoción que sale de un cerebro ir á través del éter, como la atracción, á chocar con otro cerebro que vibra á una distancia cualquiera, del modo que un sonido va á hacer vibrar las cuerdas de un piano ó de un violín á través de un cuarto? No olvidemos que nuestros cerebros están compuestos de moléculas que no se tocan, y que se encuentran en perpetua vibración.

¿Y por qué hablar de cerebros? ¿No pueden el pensamiento, la voluntad, la fuerza psíquica, sea cual fuere su naturaleza, ir á ejercer una acción á distancia sobre un ser que le está unido, mediante los lazos simpáticos é indisolubles del parentesco individual? ¿No se transmiten por ventura súbitamente á un corazón las palpitaciones de otro que con él vibra al unísono?

¿Debemos admitir que, en los casos de aparición apuntados antes el espíritu del muerto ha tomado realmente forma corporal junto al observador? Esta hipótesis no parece necesaria la mayor parte de las veces. En nuestros sueños creemos ver personas que no están delante de nuestra vista, y eso con los ojos cerrados. Vémoslas perfectamente, tan bien como en pleno día; les hablamos, las oímos y

conversamos con ellas. No cabe negar que los que las ven no son nuestra retina y nuestro nervio óptico, como no son nuestros oídos los que las oyen. Las únicas que ahí funcionan son nuestras celdas cerebrales.

Ciertas apariciones pueden ser objetivas, exteriores, substanciales; otras subjetivas; en este caso, el ser que se manifiesta parece actuar á distancia sobre el ser que ve, y este influjo sobre su cerebro debe determinar la visión interna, que parece exterior, como en los sueños; pero que también puede ser puramente subjetiva é interior.

Así como un pensamiento, un recuerdo, evocan en nuestro ánimo una imagen que puede ser muy evidente y muy viva, así un ser que actúa sobre otro puede hacer que surja en éste una imagen que le cause por un instante la ilusión de la realidad. Hoy se obtienen experimentalmente estos hechos en los estudios de hipnotismo y de sugestión, estudios que no hacen sino empezar y que sin embargo, suministran ya resultados dignos de la mayor atención, tanto en el orden psicológico como en el fisiológico. Lo que hay no es que la retina sea herida por una realidad efectiva, sino que las capas ópticas del cerebro son excitadas por una fuerza psíquica. La impresión se ejerce directamente sobre el ser mental. ¿Cómo? No lo sabemos.

Tales son las inducciones más racionales que parecen deber deducirse de los fenómenos que acaban de preocuparnos, fenómenos no explicados todavía, pero muy antiguos, pues la historia de todos los pueblos ha conservado, desde la más remota antigüedad, multitud de ejemplos que sería difícil negar ú olvidar.

Mas, nos dirán: ¿Cómo podemos admitir, en nuestro siglo de método experimental y ciencia positiva, que un moribundo y aun un muerto, puedan ponerse en comunicación con los vivos?

¿Qué es un muerto?

Cada segundo perece un ser humano en todo el globo terrestre, ó lo que es lo mismo, 86.400 al día, 31 millones al año ó más de tres mil millones por siglo. En diez siglos han sido entregados á la tierra 30 mil millones de cadáveres, y devueltos á la circulación general bajo la forma de productos diversos, agua, gas, vapores, etc. Teniendo en cuenta la disminución de la población humana á medida que ascendemos en las edades históricas, hallamos que, en diez mil años, *han sido formados por la tierra y la atmósfera, mediante la alimentación y la respiración, para volver á ellas más tarde, doscientos mil millones de cuerpos humanos por lo menos.* Las moléculas de oxígeno, de hidrógeno, de ácido carbónico y de nitrógeno que han constituido estos

cuerpos han servido de abono á la tierra y han vuelto á la circulación atmosférica.

Sí, la Tierra en que vivimos está formanda en parte hoy por esos miles de millones de organismos que en ella han vivido. Andamos sobre nuestros abuelos, como ellos andarán sobre nosotros. Las frentes de los pensadores; los ojos que han contemplado, sonreído y llorado; las bocas que han cantado el amor; los labios purpurinos y los senos de mármol, las entrañas de las madres, los brazos de los trabajadores, los músculos de los guerreros, la sangre de los vencidos, los niños y los ancianos, los buenos y los malos, los ricos y los pobres, cuanto ha vivido y ha pensado, yace en la misma tierra. Hoy sería difícil dar un paso en el planeta sin marchar sobre los despojos de los muertos; sería difícil comer y beber, sin absorber de nuevo lo que ha sido comido y bebido miles de veces, y difícil respirar sin hacer propio el hálito de los muertos. Los elementos constitutivos de los cuerpos, que salieron de la naturaleza, volvieron á ella, y cada uno de nosotros lleva en sí átomos que precedentemente han pertenecido á otros cuerpos.

Pues bien, ¿creéis que eso es toda la humanidad? ¿Imagináis que ésta no ha dejado nada más noble, nada mayor y más espiritual? ¿Cada uno de nosotros no da al universo, cuando exhala el postrer suspiro, más que sesenta ú ochenta kilogramos de carne y de huesos que van á desagregarse y á volver á los elementos? ¿ El alma que nos anima no subsiste también, con el mismo motivo que cada molécula de oxígeno, de nitrógeno ó de hierro? ¿Y las almas que han vivido, no siguen existiendo?

No tenemos derecho ninguno para afirmar que el hombre está compuesto únicamente de elementos materiales y que la facultad de pensar no es sino una propiedad de la organización. Por el contrario, tenemos las razones más íntimas para admitir que el alma es una entidad individual y que ella es la que dirige las moléculas para organizar la forma viva del cuerpo humano.

¿Qué es de las moléculas invisibles é intangibles que han constituído nuestro cuerpo durante la vida? Van á pertenecer á nuevos cuerpos. ¿Qué es de las almas igualmente invisibles é intangibles? Se puede suponer que vuelven á encarnar en otros organismos, cada cual con arreglo á su naturaleza, á sus facultades y á su destino.

El alma pertenece al mundo psíquico. Es indudable que aun se encuentran en la Tierra innumerables almas todavía brutas, groseras, que se han desprendido apenas de la materia, incapaces de concebir las realidades intelectuales. Pero otras hay que viven en el estudio, en la contemplación, cultivando

el mundo psíquico ó espiritual. Esas pueden no quedar prisioneras en la Tierra y su destino es vivir la vida uránica.

El alma uránica vive aún durante sus encarnaciones terrestres, en el mundo de lo absoluto y de lo divino, pues sabe que al habitar la Tierra, mora realmente en el cielo y que nuestro planeta es un astro como los demás.

¿ Cuál es la naturaleza íntima del alma, cuáles sus modos de manifestación, cuándo llega á ser en ella permanente la memoria y á mantener con certidumbre la identidad consciente, bajo qué diversidad de formas y de substancias puede vivir, qué extensión del espacio le es dado atravesar, cuál es el grado de parentesco intelectual que existe entre los diversos planetas de un mismo sistema, cuál la fuerza germinadora que puebla los mundos, cuándo podremos entrar en comunicación con las patrias vecinas, cuándo penetraremos el profundo secreto de los destinos? Misterio é ignorancia hoy; pero *lo desconocido de ayer es la verdad de mañana.*

Hay un hecho de orden histórico y científico absolutamente incontestable, y es que en todos los siglos, en todos los pueblos, y bajo las apariencias religiosas más diversas, la idea de la inmortalidad permanece invulnerable en el fondo de la conciencia humana. La educación le ha dado mil formas;

pero no la ha inventado. Esta idea indestructible existe por sí. Todo ser humano trae consigo al venir al mundo, bajo forma más ó menos vaga, este sentimiento íntimo, este deseo, esta esperanza.